

Lobkowitz; pero al fin alcanzó el castigo, aunque no como lo merecía, pues se redujo al destierro de la corte y a la confiscación de una parte de su hacienda. Hasta hoy no ha sido posible poner en claro los motivos de su conducta traidora y falaz, si eran el soborno y la codicia, la convicción de un mentecato ó una especie de demencia de soberbia. Reemplazó el príncipe de Schwartzberg, de opiniones decididamente anti-francesas; pero no se podía deshacer lo que estaba hecho, ni hacer desaparecer de un golpe las consecuencias de los errores cometidos antes. El ejército alemán había sido rechazado al otro lado del Rhin; los franceses ocupaban á Maestricht y Tréveris, y en Sicilia se pronunció y sublevó la población contra el mal gobierno español, á consecuencia de lo cual los habitantes de Mesina pidieron el auxilio de la Francia, que se apresuró á enviar á aquellas aguas una escuadra con grandísimas provisiones de guerra.

Los ejércitos de Luis XIV entre tanto habían frustrado todos los planes de la coalición, y mayores y más decisivas eran las ventajas que había alcanzado su astuta diplomacia, que no escaseaba el dinero y ante nada retrocedía para suscitar peligrosos enemigos á los aliados y á sus espaldas.

La corte de Viena quiso aprovecharse del descubrimiento de la conjuración de Hungría en 1671 para ejecutar su plan favorito, y decidió desde muy antiguo, de abolir la constitución del país é introducir en su lugar el despotismo civil y eclesiástico. El alma de esta política era el mismo príncipe de Lobkowitz que creía encontrar la salvación y la dicha de la casa de Austria en su sumisión á la Francia como vasallo. Lobkowitz descargó golpes terribles sobre la desgraciada nación húngara; el general Heister hizo un espantoso degüello entre los muchos partidarios de la revolución, mientras el país en general, que en el fondo en nada había tomado parte, fué castigado con la obligación de mantener un ejército alemán de ocupación, compuesto de 30,000 hombres. La corona se declaró exenta de toda traba; la dignidad de palatino fué abolida y se nombró gobernador imperial del país al Gran maestro de la orden germánica Gaspar Ambringer, con lo cual la corte de Viena pensó haber sometido la Hungría y haberla nivelado políticamente con sus demás territorios hereditarios.

Con el absolutismo político se introdujo el religioso; todos los sacerdotes y maestros de escuela de todo el país fueron citados ante los tribunales y expulsados del reino con el pretexto de haber tomado parte en la conspiración; á los que firmaron una declaración en la cual se obligaban á no ejercer ningún acto de su culto, se permitió la permanencia en el país, pero 29 sacerdotes que se negaron á firmarla fueron enviados á galeras. Se quitaron á los protestantes sus iglesias y se entregó el culto y la propaganda católica á los jesuitas.

La única justificación que el gobierno podía alegar de su conducta despótica é ilegal era la necesidad urgente de crear una mayor unidad y concentración de la administración y de las fuerzas del país en frente de los turcos, que no cesaban de amenazarlo; pero esto no pasaba de un pretexto, porque el objeto principal de Leopoldo y de su ministro era la destrucción de la libertad política y religiosa de la Hungría y no su seguridad contra los turcos. Se engañaron sin embargo al creer aniquilada la resistencia de este pueblo enérgico, pues la avivaron más que nunca con sus medidas brutales y torpes. Un gran número de descontentos huyeron á la Transilvania, donde con el auxilio de Apafy empezaron una guerra de guerrillas contra las tropas imperiales, excitados además y animados por el gobierno de Luis XIV, que les prometió y efectivamente les envió fondos y oficiales

para organizar sus fuerzas. Con esto la lucha tomó un aspecto más serio, sobre todo cuando en 1674 se pasó á su partido un caudillo de muchísimo talento, llamado Emerico Tökoly, noble joven de veinte años, que había tomado parte en la conspiración anterior, instruídísimo y de una grande amabilidad. También recibieron los insurgentes auxilio de Polonia proporcionado por la influencia francesa.

Este último país solo conservaba una sombra de su poder á causa de la extinción en 1572 de la rama masculina de la casa real de los Jagellones, porque á consecuencia de tan desgraciada circunstancia abolió la sucesión por herencia, y abrió con esto las puertas á la tiranía de la clase noble, en quien residía el derecho de elegir el jefe de la nación. Esta nobleza polaca formaba una casta numerosa, completamente separada del resto del pueblo, y dentro de la cual regia completa igualdad, entre simples nobles, príncipes y condes. Elegido el rey, debía éste someterse á un pacto, llamado *pacta conventa*, que limitaba su acción en perjuicio de la unidad patria y en favor de la soberanía de la clase noble. Las únicas atribuciones del rey se reducían al nombramiento, que siempre era vitalicio é irrevocable, de los altos dignatarios de la corona, en cuyas manos estaba toda la administración, en cuanto ésta existía, á la convocación del parlamento y á la publicación de sus resoluciones. De esta manera no existía en realidad ningún poder central; todo era división, y el personalismo dentro de la clase privilegiada abrazaba y ahogaba todo el país. A tanto llegaba este desorden legal, que la nobleza de una provincia, como también la de todo el reino, siempre que se creía perjudicada por el gobierno, tenía derecho para coligarse y obrar enteramente como un Estado soberano é independiente. El parlamento se componía de diputados ó procuradores elegidos por los nobles de cada distrito, provistos de instrucciones rigurosas; y para dar fuerza de ley á las resoluciones de esta asamblea era indispensable la unanimidad. Así este parlamento muchas veces se declaró en confederación soberana para tomar resoluciones que cambiasen esta constitución por otra más practicable. La consecuencia de tanta soberanía é independencia de los nobles fué que estos no solamente esquilmaron y tiranizaron á los infelices habitantes de sus dominios y propiedades, sino que rebajaron el pueblo á una vil esclavitud sin ningún amparo ni recurso de justicia, apoderándose del país la miseria más completa; y como no existía ninguna clase media, fuera de algunas ciudades alemanas en la antigua provincia de la Prusia occidental, entonces polaca, tampoco existían comercio ni industria.

Estando las cosas en esta situación, quedó vacante el trono en 1673, y el gobierno austriaco se empeñó en hacer elegir rey de Polonia al príncipe Carlos de Lorena, desposeído por Luis XIV, mientras que este último apoyaba la candidatura del general en jefe del ejército polaco Juan Sobieski, no tanto por las excelentes cualidades que le adornaban y le hacían muy propio para el puesto difícil de rey de un país tan vacilante, ni por las victorias que había ganado á los turcos, sino porque era partidario de la Francia primero por su esposa, que era hija de un pequeño noble francés, y después por la pensión anual de 20,000 libras que le pasaba el gobierno de aquella nación. Reinando á la sazón el más horroroso vacío en el tesoro austriaco, y al revés la abundancia en el francés, no era dudoso cuál de los dos pretendientes quedaría elegido, máxime habiendo ido á Varsovia Bethune, el embajador de Luis XIV, con 850,000 libras en metálico y autorización para conceder pensiones hasta un total anual de 60 á 70,000 libras. En mayo de 1674 fué pues elegido Sobieski, rey ficticio, porque el verdadero era el embajador Bethune, que desde aquel día mandó en

absoluto en Polonia. La primera cosa que hubo de hacer el rey pantalla fué declarar inmediatamente la guerra al elector de Brandeburgo, y facilitar refuerzos á los insurgentes húngaros, hasta que la Polonia pudiese declararse abiertamente en su favor, cosa que hubiera sido entonces muy imprudente, pues el reino polaco estaba directamente amenazado por los turcos. Esto no obstante, numerosas bandas de buenos jinetes polacos pasaron á Hungría, mientras Bethune con sus ocultos manejos lograba que la Transilvania hiciera una alianza con la Francia y con los insurgentes contra el emperador. Esta alianza favoreció muchísimo á los sublevados húngaros y no menos á la Francia, pues que el emperador no pudo menos de llamar parte de sus tropas del Rhin para emplearlas contra los enemigos que tenía á su espalda.

Había logrado pues la diplomacia francesa ocupar á la España con la sublevación de Sicilia y con la hostilidad del duque de Saboya, ganado también á la causa francesa, y al emperador con la sublevación de Hungría y la enemistad de la Polonia. Faltaba embrollar al elector de Brandeburgo, lo cual se hizo lanzando contra él á la Suecia. Esta se mostraba rehacia en cumplir con lo que había pactado; pero una nueva subvención de 350,000 escudos de oro para el gobierno y 50,000 escudos repartidos entre los gobernantes acabaron con las vacilaciones y subterfugios, y en las últimas semanas del año 1674 penetró en la Marca de Brandeburgo un ejército sueco de 15,000 hombres á las órdenes del mariscal Carlos Gustavo de Wrangel á fin de hacer regresar al elector á su país y sacarle del Rhin. Era esta una obra maestra de la política francesa. El elector, en tan difícil situación, dirigióse á los otros aliados en demanda de auxilio; pero todos se hicieron los sordos, todos se negaron á cumplir lo pactado y le abandonaron á su triste suerte. Entre tanto los suecos iban devastando sus Estados indefensos con increíble saña, imponiendo enormes contribuciones de toda clase, en dinero y especie, y permitiendo á sus tropas el saqueo más atroz. Solo la antigua Marca brandeburguesa con su valiente somaten rural supo rechazar á tan inhumano enemigo. En tan durísimo trance resolvió Federico Guillermo abandonar á su vez las cosas del Rhin é ir á castigar seriamente con todas sus fuerzas la insolencia sueca, y si posible fuese, expulsar á esta nación para siempre del suelo alemán, quitándole los territorios que poseía en las costas alemanas del Mar del Norte y del Báltico.

No por esto dejóse arrastrar el elector por la pasión ciega, á obrar sin plan y fuera de tiempo. Con mucha serenidad dejó hacer de las suyas al enemigo en sus Estados, interin reorganizaba y preparaba á una lucha decisiva su ejército acuartelado en la Franconia. A principios de junio de 1675 se halló ya este ejército dispuesto á entrar en campaña, y entonces Federico Guillermo se arrojó sin tardanza á la empresa más grande y más decisiva de toda su vida; porque jugaba el todo por el todo. El momento era crítico; Wrangel estaba á punto de pasar el Elba, en secreta inteligencia con el comandante traidor de la importantísima fortaleza de Magdeburgo, debiendo luego reunirse con él las tropas hanoverianas y de Munster, y ocupar las plazas importantes de Halberstadt y Minden, con lo cual habría concluido el poder de Brandeburgo en el país entre el Oder y el Weser, y habría pasado toda la Alemania del Norte al poder de la Suecia é indirectamente de la Francia, acabando esta gran catástrofe de una vez con toda la coalición europea.

El elector de Brandeburgo acometió heroicamente la empresa de impedirlo. Convenía sorprender á los suecos, que tenían 20,000 hombres, pero diseminados en una gran superficie para pasar el invierno. Dejando atrás el grueso de su

ejército con la impedimenta, entró Federico Guillermo en 21 de junio, á marchas forzadas, en Magdeburgo á la cabeza de su caballería y de 1,200 infantes; y el 25 del mismo mes sorprendió y destruyó completamente un regimiento sueco de dragones alojado en Rathenow á orillas del Havel, porque el enemigo ignoraba su llegada. Con esta acción se había metido el elector entre las dos divisiones del ejército sueco, la menor á las órdenes del mariscal Wrangel cerca de Havelberg, y la mayor capitaneada por el teniente general Waldemaro de Wrangel que tenía su cuartel general en la ciudad de Brandeburgo. Sin perder tiempo dirigióse el elector con su caballería contra este último para ponerle fuera de combate, mientras que 1,000 mosqueteros que dejó en Rathenow debían observar al mariscal á sus espaldas. En 28 de junio, estilo nuevo (18 según el antiguo), del año 1675 pudo dar alcance cerca de Fehrbellin á los suecos, que á su aproximación se pronunciaron en retirada, contando 4,000 jinetes, 7,000 infantes y 38 piezas de artillería, mientras la división del elector se componía de 6,000 jinetes y 12 piezas. Pero los brandeburgueses estaban animados por la última victoria y llenos de confianza, mientras que los suecos estaban consternados y en retirada. El elector dió órdenes de atacar el flanco derecho del enemigo que estaba descubierto, y gracias al valor de su caballería, al juicio y acertado empleo de su poca artillería, y á las graves faltas cometidas por el general enemigo, pudo derrotarlo, causándole una pérdida de 4,000 hombres por lo menos. Los suecos huyeron sin parar hasta llegar á la costa del mar, perdiendo en el tránsito mucha gente por deserción, de modo que todo el ejército sueco quedó reducido á 6,500 hombres.

Grandísima fué en Alemania la impresión que causó la derrota de los suecos, soldados mirados como invencibles, por un cuerpo de brandeburgueses menos numeroso en una mitad. El sentimiento nacional de los alemanes se inflamó un tanto con esta victoria brillante; los vecinos y aliados, un momento antes tan pusilánimes y aun hostiles, se apresuraron á conquistar también laureos; y el imperio declaró á la Suecia la guerra. Las tropas hanoverianas y de Munster, unidas á 6,000 brandeburgueses, marcharon sobre Bremen para quitar este ducado á la Suecia, como se lo quitaron en efecto, quedando solo en poder de esta última la plaza fuerte de Stade. La Dinamarca ocupó á Wismar, y el gran elector la Pomerania sueca menos las plazas de Stettin, Anklam, Stralsund y la isla de Rugen.

Los suecos habían pagado caro su ataque al Brandeburgo; pero entre tanto, ésta y las otras diversiones habían preservado á Luis XIV de una derrota segurísima, atendidas las fuerzas superiores de la coalición.

Al empezar la campaña de 1675, alcanzaron como siempre los franceses importantes ventajas, ocupando el fuerte castillo de Lieja, y luego las plazas de Dinant, Huy y Limburgo, por medio de las cuales y de Maestricht dominaron toda la importante línea del Mosa que les permitía penetrar hasta la Holanda misma; pero en el mes de junio llegó allí un ejército imperial bastante respetable y por fortuna á las órdenes del veterano Montecuculi, á quien el gobierno de Viena de buen ó mal grado se había visto precisado á llamar de nuevo. Otra vez tenía á Turena en frente y ambos caudillos peritos se entretuvieron, según el arte militar de aquella época, en acecharse mutuamente con muchas y hábiles marchas y contramarchas, fiándose más en estos movimientos que en batallas abiertas, hasta que en 27 de julio acabó una bala de cañón cerca Sassbach con la vida gloriosa de Turena, y la misma bala se llevó el brazo del general de artillería Saint-Hilaire, que en aquel momento se hallaba al lado del célebre mariscal.



La muerte de Turena, admirado y apreciado por amigos y enemigos, no solamente por su gran talento militar, sino también por la nobleza de su carácter, causó en Francia mas luto y desaliento que la pérdida de una gran batalla, y con mucha razón, porque á consecuencia de esta desgracia el ejército francés tuvo que reparar el Rhin. Montecuculi lo pasó á su vez para penetrar en la Alsacia, y mientras esto sucedía con el ejército de Turena, sufrió el del mariscal Crequi una derrota tremenda. El anciano Carlos IV de Lorena marchaba con sus tropas, reforzadas con diferentes contingentes alemanes, sobre Tréveris para arrancarla de manos de los franceses. Crequi fué á su encuentro para impedirlo, y junto al puente de Konz sobre el Saar atacaron las tropas alemanas de Lorena en 11 de agosto de 1675 al ejército francés con tanto ímpetu, que abandonando su artillería, toda la impedimenta y de 2 á 3,000 prisioneros, apenas pudo escapar Crequi con 4,000 hombres á Tréveris, que despues de tres semanas de sitio se hubo de entregar al ejército de Carlos.

El ataque franco-sueco sobre la Alemania del Norte, occidental y central, tan bien calculado, habia quedado rechazado, y á mas se habia recuperado el electorado de Tréveris y llevado la bandera imperial á la Alsacia. En tan favorable coyuntura presentóse el inconveniente de no disponer de suficiente número de tropas ni de buenos generales para aprovecharla. Los dinamarqueses y las tropas de Munster peleaban juntos con los brandeburgueses bajo el mando del enérgico y fogoso elector Federico Guillermo contra los suecos; y mientras muchas tropas austriacas mandadas por los generales mas jóvenes y mas emprendedores estaban ocupadas en Hungría, nombraba Luis XIV ocho nuevos mariscales á quienes envió con grandes refuerzos de gente al teatro de la guerra. Así fué que Montecuculi, cargado de años y de achaques, con sus batallones incompletos no se atrevió á emprender nada contra el célebre Condé, y se retiró de la Alsacia. El tambien anciano Carlos IV de Lorena estaba á punto de reconquistar la herencia de sus mayores de que Luis XIV tan infamemente le habia despojado, cuando le sobrevino la muerte. El pueblo por esto le comparó con Moisés al cual solo en la hora de su muerte le fué permitido ver la tierra de promision. Muerto el jefe, dispersóse su ejército.

En resumen, la Francia se habia salvado otra vez, aunque con alguna pérdida; además habia podido desembarcar en Mesina tropas y viveres, á despecho de una escuadra española; y esta ciudad en cambio habia reconocido á Luis XIV por su soberano. Al mismo tiempo volvió á vender el rey Carlos II de Inglaterra el interés de su país por una miserable cantidad de dinero; porque cuando el parlamento inglés pidió con urgencia y energía en son de amo que el gobierno acudiera al auxilio de la Holanda como país correligionario contra la tiranía francesa, el rey Carlos suspendió sus sesiones por 15 meses, por mandato de Luis XIV y á cambio de una pension anual de millon y medio de francos, en el mes de diciembre de 1675. En realidad no era el rey Carlos II mas que un lugarteniente ó virey de Luis XIV, así es que á despecho de las protestas de sus ministros, firmó y selló un pacto con el rey de Francia, no refrendado, como era lo legal, por los ministros, segun el cual ambos soberanos se obligaron á cerrar los oídos á toda proposicion que perjudicara á una de las dos partes contratantes, por útil que fuese á la otra, y á celebrar solo ambas potencias juntas tratados internacionales, ya fuese con la república holandesa, ya con otras potencias: es decir un pacto de amistad fraternal é íntima. Tuvieron secreto este convenio; pero los sucesos y la conducta observada por los contratantes lo descubrieron suficientemente,

tanto que el nuncio apostólico en Viena no se contuvo para decir en alta voz que Carlos II haria todo lo posible por tener igual fin que su padre.

Seguro así de la Inglaterra, pudo Luis XIV emplear todos los recursos de su reino para compensar con nuevas ventajas las derrotas sufridas en el año anterior. Se apretaron los tornillos de la máquina tributaria á pesar de los clamores de los pobres súbditos, para crear nuevos regimientos, y construir nuevas y terribles baterías capaces de rendir las fortalezas belgas; y muy temprano empezó en el año 1676 otra vez la lucha bajo felices auspicios para la Francia, porque en 8 de enero el hugonote Duquesne, general de marina, alcanzó cerca de Stromboli una brillante victoria sobre De Ruyter que quiso arrojar á los franceses de las aguas de Sicilia. Reforzado luego el holandés por una escuadra española, volvió á atacar á la francesa cerca de Catania á la vista del Etna; pero una descarga de metralla le destruyó ambas piernas en 22 de abril, añadiéndose á esta desgracia, que le causó la muerte ocho días despues, la repetición de la derrota. Unánime fué el sentimiento, aun entre los franceses, que acompañó al «Turena holandés» á la tumba.

Mientras estos sucesos ocurrían en el mar, habia invadido Luis XIV con el inclito Vauban á su lado, los Países Bajos españoles, donde se fué apoderando de una fortaleza tras otra. Salió á su encuentro Guillermo de Orange con tropas holandesas y españolas; y cuando ambos ejércitos se hallaban á distancia de un tiro de cañon, se atrincheró Luis prudentemente, no obstante ser superior al enemigo en número. Tanta prudencia puso muy en ridículo al «gran rey» celebrado como *héroe invicto* por cien poetas; y como con esta proeza cerró tambien su carrera militar, sintió toda su vida un profundo disgusto cuando recordaba ó le hacían recordar este hecho, que cargó, á fuer de monarca infalible, sobre los hombros de su ministro Louvois. Este tuvo que fingir haberlo aconsejado, á fin de no comprometer la persona y dignidad del rey, en caso de una derrota siempre imposible; y en pago de este servicio cesó de privar con el rey como antes, puesto que era ó pasaba por ser el autor de tan grande disgusto.

Poco tiempo despues abandonó el rey el ejército al cual libró con su ausencia de una carga pesada y de un compromiso; mas para que otro no recogiera mas laureles que él, llevóse á Vauban y una gran parte de las tropas, dejando el mando al general Schomberg, de origen alemán y tambien hugonote, que bastante trabajo tuvo para obligar al príncipe de Orange á renunciar al sitio de Maestricht, y con entreñerle durante el resto de la campaña para inutilizarle.

Mas ventajoso fué para los aliados la campaña de este año á orillas del Rhin. Aunque casi todas las tropas imperiales estaban ocupadas en Hungría, el sucesor de Carlos de Lorena (llamado tambien Carlos) en el ducado y en el mando del ejército imperial emprendió el sitio de Philippsburg, la plaza fuerte mas importante que los franceses entonces poseían en la orilla derecha del Rhin. La plaza se defendió heroicamente, pero no fué seriamente socorrida, sino antes al contrario, quedó abandonada á su suerte por el mariscal de Luxemburgo, que mandaba el ejército de operaciones de la Alsacia, y cuyas eminentes dotes militares quedaban á veces ofuscadas por sus inclinaciones sibiríticas. Finalmente, á principios de setiembre, hubo de capitular la plaza, y con ella perdieron la cabeza de puente por donde podían efectuar todas sus invasiones en la Alemania meridional. En efecto, jamás se consolaron los franceses de esta pérdida, que doce años despues arrancaba todavía lamentos á Bossuet, el cual hablando de esta ciudad decía, «que habia asegurado por tanto tiempo el dominio francés en el Rhin.»

Sin embargo, bajo un punto de vista general, el año 1676 resultó favorable para los franceses. La escuadra holandesa y la española estaban poco menos que destruidas; el príncipe de Orange habia sido reducido á una actitud inofensiva, y la Francia habia ganado unas cuantas fortalezas en el Mediodía de la Bélgica, cuya pérdida impresionaba vivamente á los holandeses que por lo demás estaban hacia tiempo cansados de la guerra, máxime cuando desde la evacuacion de su territorio por los franceses no existía ya para ellos ninguna razón inmediata para seguir peleando. Respecto de las derrotas de los suecos, si bien eran derrotas de un enemigo político, eran consideradas por muchos holandeses como un perjuicio para los intereses protestantes de la Alemania del Norte y á orillas del Báltico. Por otra parte, no se veía ningun hecho importante del príncipe de Orange, que hasta entonces no habia justificado de modo alguno el entusiasmo con que habia sido saludado cuando ascendió á su elevado puesto, y hasta se sospechaba que alargaba la guerra adrede para despues hacerse rey absoluto de la Holanda con auxilio de su ejército, de Inglaterra y aun de la misma Francia. Tanto cundió el descontento, que el partido aristocrático, tan humillado, pudo de nuevo levantar la cabeza, y reclamar con urgencia, ya en el verano de 1675, la reunion de un congreso de paz en Nimega. Hasta habia gran disposición para tratar de la paz con Francia sin contar con los aliados, permitiéndole la ocupacion de toda la Bélgica por peligroso que esto hubiese sido para la república, porque en las almas egoistas pudo mas el deseo del reposo, del comercio pacífico y de la desaparicion de las cargas que imponía la guerra que los intereses elevados de la colectividad política y la fidelidad que se debe á los aliados. En esta disposición de los ánimos ocurrieron las ya citadas pérdidas de la campaña de 1676, que fueron la última gota que hizo derramar el vaso. En otoño del mismo año reunióse pues en Nimega el congreso propuesto.

El congreso no era todavía la paz. El emperador reclamaba una indemnizacion por los gastos de la guerra, y el restablecimiento de las cosas al estado en que las puso la paz de Westfalia; España pedía lo mismo respecto del tratado de Aquisgran; Dinamarca y el elector de Brandeburgo querían tambien indemnizacion de los gastos de guerra y la sancion de las conquistas hechas á costa de la Suecia; el duque de Lorena reclamaba su ducado y los holandeses la restitucion de Maestricht, y para el príncipe Guillermo la devolucion de su principado de Orange, ocupado por los franceses. Por su parte el rey de Francia no se sentía de ningun modo inclinado á desprenderse del fruto de sus operaciones y á confesarse vencido enfrente de la coalicion europea, por lo cual resolvió acabar con tantas pretensiones con un buen golpe de mano.

Louvois redobló su actividad febril y pronto los almacenes de la frontera rebosaron de provisiones que permitieron renovar las hostilidades en el mismo invierno; y á principios de marzo, cuando el frío era mas intenso y todas las corrientes estaban heladas, presentáronse dos ejércitos franceses delante de las plazas respectivas de Valenciennes y de Saint Omer. La guarnicion de la primera y tras ella la de Cambray, otra fortaleza importante, sorprendidas de esta manera, capitularon al poco tiempo. Para salvar á Saint Omer acudió Guillermo de Orange á toda prisa apenas hubo reunido de sus cuarteles de invierno algunas tropas holandesas y españolas. El mariscal de Luxemburgo, al saberlo, suspendió el sitio de la plaza, fué á su encuentro y derrotó al príncipe completamente en la llanura de Cassel en 11 de abril de 1677. Fué esta una de las victorias mas brillantes del eminente mariscal, en la cual perdió el enemigo 7,000 hom-

bres entre muertos y heridos, 2,500 prisioneros, 80 banderas y estandartes, toda la artillería y las provisiones. Saint Omer se rindió y la corta campaña de invierno entregó á la Francia toda la provincia de Artois y el Escalda Alto.

Creyó el monarca francés que este golpe haria bajar á los aliados reunidos en Nimega sus pretensiones y presentar condiciones de paz mas favorables para la Francia; pero se engañó completamente. El odio que se tenía á esta nacion era ya mayor que el temor que inspiraba. El parlamento inglés instaba á su rey á que declarase la guerra á la Francia. «O guerra con Francia ó guerra civil,» decían los miembros mas influyentes de la cámara de diputados: una nueva subvencion de dos millones de francos hizo que Carlos suspendiera de nuevo las sesiones del parlamento; pero al fin no pudo menos de reconocer que su posicion se iba haciendo de día en día mas peligrosa. En las casas mas distinguidas se oían públicamente frases como esta: «Mientras el francés no encierre al rey de Inglaterra en la Bastilla, ó mientras no se le corte la cabeza como á su padre, no mejorarán las cosas.» ¡A tanto habia llegado ya la irritacion de la nacion! En su consecuencia instaba Carlos II al monarca francés para que hiciese la paz, pues de otro modo pronto le obligaria su pueblo irritado á hacerle la guerra. Por otra parte se estaba preparando para la nueva campaña Guillermo de Orange, muchas veces desgraciado en las batallas, pero nunca vencido, y presentándose siempre con nuevos planes y recursos, y Carlos V de Lorena se disponía á penetrar desde luego por diferentes lados en su ducado.

Por tanto fué otra vez la Alsacia infortunada la que hubo de sentir la primera el azote del ataque de los aliados; y las calamidades que estos llevaron al país, indispusieron la poblacion cada día mas con la Alemania. A fin de quitar al enemigo todos los medios de establecerse en el país, Louvois, con la fría é insensible crueldad que le distinguía, habia hecho arrasar las murallas de todas las ciudades de la Alsacia Baja y devastar completamente toda la tierra llana; así se encontró el duque de Lorena en medio de un desierto y delante de sí al mariscal de Crequi, vencido en el puente de Konz, pero que entonces se desquitó con movimientos tan hábiles que obligó á su contrario á retirarse con notables pérdidas sobre Tréveris. Al mismo tiempo logró el mariscal de Luxemburgo solo con su aproximacion hacer levantar al príncipe de Orange el sitio empezado de Charleroi. Vino el invierno, y cuando las tropas aliadas estaban tranquilamente retiradas en sus cuarteles, salió súbitamente Crequi, pasó el Rhin y atacó á Friburgo, capital entonces de la comarca del Breisgau, que hubo de capitular el noveno día á mediados de noviembre. Con esto quedó vengada y compensada con creces la pérdida de Philippsburg, porque se habia ganado una posicion mas favorable en el Sudeste de Alemania.

En circunstancias tan fatales para los aliados, los holandeses habrían hecho ciertamente la paz, que tanto deseaban, á no oponerse dos obstáculos, á saber: la terquedad del príncipe de Orange, y su propia codicia de mercaderes. Hay que tener presente que Guillermo de Orange era el alma de la hostilidad y resistencia de Europa contra la monarquía universal francesa, y en esto estriba el mérito que le ha hecho inmortal.

La infancia y juventud de este príncipe no fueron de color de rosa; antes que viera la luz del mundo, murió su padre, y el niño quedó bajo la tutela y á merced de un partido hostil á su familia, es decir, decididamente anti-orangista. De constitucion y salud delicadas, volvióse en semejante compañía ensimismado, grave y hasta áspero; pero aprendió tambien en esta escuela excelente y dura, á forjar y ocultar cuidadosamente vastos y dilatados planes y á trabajar con



todas sus fuerzas disimulada y gradualmente en su realización. Muy joven todavía, interesóse por la cosa pública, y no mostraba ninguna inclinación á las diversiones de los jóvenes distinguidos de su clase; todo el potente ímpetu de su carácter apasionado que tan bien sabía ocultar bajo un exterior glacial, se dirigía á conseguir sus planes políticos. Sin perder jamás de vista su objeto personal, es decir el trono de Holanda y mas adelante el de Inglaterra, dirigíase su actividad principal como estadista y militar desde el primer día de su vida pública al objeto mucho mas grande y de interés general, á saber: la destruccion de la tiranía francesa fuera de la Francia. A esta causa dedicó sus mayores y nunca interrumpidos esfuerzos; sin descanso había trabajado para formar una coalicion europea, y por fin había logrado su deseo; pero desde aquel momento hubo de trabajar acaso otro tanto para no dejarla descomponerse. Personalmente era poco amable; en los campos de batalla desgraciado; de constitucion enfermiza, de genio mal humorado, frio, pero inquebrantable; persiguiendo sereno su objeto claramente definido y trazado, nunca desanimado ni accesible á la desesperacion, estuvo siempre pronto á sacrificar su persona en cualquiera ocasion á la causa y al bien general, y á subordinar su viva ambicion personal al servicio de la colectividad. Guillermo III de Orange no era persona que atrajera ni entusiasmara, pero era digno de admiracion, y en su especialidad un carácter grandioso é incomparable.

Sus adversarios del partido aristócrata y particularista pugnaban por llegar á la paz y tenían otra vez en su favor la opinion pública de las Provincias Unidas, tanto que uno de ellos, un tal Van Beuningen, embajador de Holanda en Londres, pudo atreverse á proponer al rey Carlos II el infame consejo de no dejarse seducir por los aliados á entrar en la coalicion, porque la república de Holanda tenía la firme resolucion de hacer la paz cualesquiera que fuesen las condiciones.

Lo que no decia este traidor era que los Estados Generales de Holanda entendían que esto de: «cualquiera que fuesen las condiciones» se debia aplicar á sus aliados, y no á ellos, es decir, á aquellas potencias que con su entrada en la coalicion habían salvado la Holanda de su completa ruina. Una vez que esta última hiciera la paz con su enemiga la Francia, podían arreglarse tambien con ella los demás aliados aunque fuera á costa de grandes sacrificios á favor de Francia: por lo que respecta á Holanda, esperaba hacer la paz en cambio de un tratado de comercio favorabilísimo á sus intereses como el que había celebrado con ella la misma Francia en 1662 para atraerse á la república contra la España. Sin embargo, Luis XIV siguió esta vez el consejo de Colbert y no quiso conceder á los holandeses tantas ventajas en perjuicio de la industria y comercio franceses, y así resolvieron los holandeses continuar la guerra un año mas.

Con esto pareció que la coalicion iba á aumentarse con un nuevo miembro importantísimo, á saber la Inglaterra, que estaba á punto de obligar á su rey Carlos II, trabajado é instado tambien continuamente por su sobrino el príncipe de Orange, á obrar en el interés de Holanda y ponerse del lado de la coalicion. A esto se agregaba un negocio importantísimo que interesaba á la familia real, y motivó en octubre de 1677 un viaje de Guillermo III á Inglaterra á invitacion de Carlos II.

El rey Carlos no tenía hijos legítimos que pudiesen sucederle en el trono, el cual por tanto tocaba á su muerte á su hermano el duque Jacobo de York; pero este tampoco tenía hijo varon sino solo dos hijas, que habían permanecido protestantes dejando que su padre se convirtiera al catolicismo, sin imitarle. Resultaba pues que en caso de la muerte de su

padre, el duque de York, tocaba el trono á la mayor de sus hijas, María, y á sus descendientes en caso de que los tuviera; por lo que era el casamiento de esta princesa un negocio de importancia trascendental. Luis XIV, que estaba siempre ojo avizor para ver dónde había algo que pescar, tenía muy presente esta circunstancia dinástica, y solicitó la mano de María para su hijo el Delfin, renunciando á todo dote y añadiendo en cambio 3 millones de libras en metálico para el soberano de Inglaterra por vía de regalo ó precio de compra, porque nada significaba semejante sacrificio comparado con las incalculables ventajas que habían de resultar de este matrimonio. Es decir que el plan de Luis XIV tendía nada menos que á unir á su imperio por un lado la monarquía española que pretendía hacia mucho tiempo, y por otro la misma Gran Bretaña! Toda la Europa occidental y casi todas las colonias y conquistas allende el Océano se habrían reunido en una sola mano, formando un imperio tan vasto, tan colosal, tan por encima de todo cálculo humano, que el famoso imperio romano parecería pequeño en su comparacion. Todo el orbe habría reconocido un solo dueño, el monarca que residía en París!

Una cosa impedía la realizacion de este plan, la resistencia del pueblo inglés. Por mucho que le gustara á Carlos II el oro francés, y al padre de la niña el casamiento con el delfin, no se atrevió el primero á atraer sobre su cabeza el indomable é inextinguible odio del parlamento y del pueblo inglés. Así, contra la expresa voluntad del duque de York, activó el casamiento de su sobrina María con su primo Guillermo de Orange, enlace que tuvo efecto á la mayor brevedad. En 31 de octubre del año 1677 se desposaron los novios y en 14 de noviembre fueron unidos en matrimonio.

Luis XIV se dominó; la expresion de su disgusto fué cosa de un solo momento, sin guardar aparentemente ningun rencor á su pensionado de Inglaterra que tan brutalmente había contrariado sus planes; trató de ganarle de nuevo, y esta vez en compañía del mismo príncipe de Orange, á su política y partido. Le convenia no perder el apoyo de la Inglaterra y si posible era, ganar el de la Holanda para sus planes ulteriores. En su consecuencia ofreció al príncipe Guillermo la corona ducal soberana é independiente de las provincias de Güeldres, Maestricht y Limburgo; pero quedó chasqueado; no era Guillermo III hombre que se dejaba seducir ni incitar por tentaciones tan vulgares; su ambicion era mas elevada y grande; y así dió el silencio por única respuesta á estos ofrecimientos. El matrimonio ventajoso que el príncipe Guillermo debió directa y exclusivamente á Carlos II fué causa de una intimidad siempre creciente entre ambos príncipes y finalmente produjo un proyecto de tratado de paz con Francia, que Carlos II se encargó de proponer. Era mucho mas ventajoso para esta última potencia que el propuesto el año anterior por los aliados reunidos en Nimega, porque abandonaba á la Francia el Franco-Condado, y las dos ciudades del condado de Artois, Aire y Saint Omer, además de no mencionar ninguna condicion respecto á indemnizacion de gastos de guerra por parte de la Francia.

No obstante estas ventajas, desechó Luis el proyecto, expresando con la mayor indignacion su sorpresa de que se le quisiera despojar de sus «conquistas legales» hechas en guerra defensiva contra ataques inmotivados; y para aumentar las conquistas legales y abrir el camino á otras sucesivas, atacaron las tropas francesas en el mes de diciembre del mismo año la fortaleza belga de Saint Ghislain. Esto provocó y atizó tan poderosamente la indignacion, el temor y el odio del pueblo inglés, que Carlos no tuvo ya otro remedio mas que reunir el parlamento, contestando él y York á las reconveniones del embajador francés que, «esta vez se trataba de la corona.»

Los partidarios de la coalicion triunfaban, porque si á ella se afiliaba la Inglaterra, creían seguras la victoria y la humillacion y debilitacion de la Francia.

Sin embargo, nunca estuvo esta última mas cerca de la victoria definitiva. En todas partes germinaban, crecían y maduraban las abundantes semillas que su diplomacia había sembrado por do quiera con el consiguiente bono áureo, mientras el rey con las fuerzas y recursos de toda la Francia reunidos en su mano y apoyado en una mente directora segura de su plan y de su objeto, se hallaba delante de sus enemigos, numerosos y materialmente superiores en fuerza, pero desunidos, sin direccion ni plan, y teniendo detrás de ellos la desorganizacion de sus respectivos países.

Sobieski, rey de Polonia por la gracia de Luis XIV, para dirigir las fuerzas de la Polonia á un punto donde solo sirvieran los intereses de la Francia en perjuicio de los propios, es decir al auxilio de los insurgentes de Hungría, había tenido que hacer en otoño de 1676 una vergonzosa paz con los turcos despues de muchas victorias gloriosas, en Zurawno, abandonándoles á Kaminieck, llave de la Polonia meridional. Esta paz fué pues para la Francia una nueva é importante victoria. En vano el papa instó á Sobieski á continuar la guerra contra los infieles, exponiéndole que ganarían todavía mas con la insurreccion de Hungría: la voz de la religion y el interés patrio nada pudieron contra la dependencia del rey de su superior el de Francia ni contra el brillo del oro frances. Un cuerpo de 6,000 polacos se juntó con los húngaros sublevados, los cuales con este refuerzo obtuvieron en octubre de 1677 una victoria completa cerca de Nalab sobre las tropas imperiales, victoria que fué seguida de una explosion general de indignacion en todo el país carpático contra el comportamiento brutal é insolente de estas tropas. La Alta Hungría fué ocupada por los revoltosos, y en Viena se temía á cada momento ver llegar á las puertas de la ciudad los veloces jinetes húngaros. Para mostrar la estrecha alianza que reinaba entre la Hungría y la Francia, las monedas que acuñaba Toköly llevaban en el canto la leyenda: *Ludovicus XIV Galliae rex, Defensor Hungariae*. El Austria se veía casi imposibilitada de enviar refuerzos al Rhin.

En vista de esto ¿qué ventaja sacó la coalicion de las repetidas derrotas de los suecos; de la destruccion completa de la escuadra sueca cerca de Oeland en junio de 1676 por las escuadras unidas de Holanda y de Dinamarca á las órdenes de Van Tromp y Juel; de que los dinamarqueses hicieran grandes progresos en Schonen, y de que el elector de Brandeburgo, con el auxilio de tropas dinamarquesas y hanoverianas, quitara á los suecos toda la Pomerania anterior con Stettin? No por ello renunciaron á la guerra los suecos, confiados en el auxilio de la Francia; y el resultado fué que con esto tuvieron ocupados lejos del Rhin de 50 á 60,000 hombres de las mejores tropas y dos escuadras, que á no ser por ellos habrían podido operar contra la Francia; desgracia tanto mas sensible para la coalicion cuanto que España, falta de dinero, tuvo que reducir su ejército en los Países Bajos á un número insignificante!

Añádase á esto que Luis XIV no se limitaba á hacerse amigos y aliados en Oriente y en el Norte, sino que trabajaba con igual objeto en todas partes; en Alemania tenía aherrajado al elector de Baviera con socorros en dinero y con la esperanza de un casamiento entre la familia del elector y el delfin. No se atrevió este elector á tomar las armas en favor del rey de Francia, pero retiró su contingente del ejército alemán y declaró que en adelante no daría en su territorio alojamiento á las tropas imperiales. No faltaron tampoco otros magnates del imperio muy dispuestos á seguir el ejemplo de la Baviera.

En Holanda eran los deseos de paz cada día mas vivos, cabalmente con motivo del casamiento inglés de Guillermo III, no obstante ser la mejor garantia para llevar la lucha adelante con notable ventaja; pero nadie se fiaba de los Estuardos, tan ambiciosos como faltos de conciencia; y la union del príncipe de Orange con esta familia había hecho revivir los temores antiguos de que podría muy bien querer hacerse dueño absoluto de la Holanda con el auxilio de sus tíos de Inglaterra. Y ¿qué peligro no amenazaba si en un porvenir próximo el lugarteniente general de las Provincias Unidas llegaba á ser simultáneamente rey de Inglaterra? Entonces había peligro para la libertad interior política y para los intereses mercantiles del pueblo. La opinion pública se pronunciaba pues cada día mas claramente en favor de los oligarcas, deseando con ansia una pronta paz y el licenciamiento del ejército para oponer un dique á la influencia y poderío amenazadores del príncipe de Orange.

¿Y qué hacia el rey de Inglaterra en estas circunstancias? Estipuló en 10 de enero de 1678 en el Haya un convenio con el gobierno de Holanda, á semejanza de la Triple Alianza, en el cual declaraban las dos potencias su intencion de imponer á todos como base de la paz las condiciones convenidas con Guillermo III. Con arreglo á estas condiciones, no solamente los aliados de la Alemania del Norte deberían sacrificar sus conquistas sobre la Suecia, sino que Inglaterra y Holanda se salían, por decirlo así, de la coalicion, y se erigían en mediadoras neutrales entre los beligerantes, es decir entre los aliados y la Francia, para imponer á las dos partes sus acuerdos. Estos fueron en efecto un preliminar para nuevas negociaciones entre Carlos II y Luis XIV.

El rey de Francia estaba decidido á lograr condiciones mas ventajosas, para cuyo objeto calculaba que faltaba solo dar algunos de sus golpes bien acertados. Sus tropas se habían apoderado á la sazón de casi toda la isla de Sicilia; pero como temía que reunida la escuadra inglesa con la de Holanda, quedasen las guarniciones francesas en aquella parte aisladas, y fuesen finalmente hechas prisioneras, para no dar semejante triunfo á sus enemigos, y concentrar mejor sus fuerzas, evacuó la isla, en la cual durante una serie de años había entretenido y tenido ocupadas las mejores fuerzas de España. Hecho esto, á principios de marzo de 1678 un gran ejército francés invadió súbitamente el territorio de Flandes y antes de que nadie pudiera impedirlo se puso delante de Gante, en el corazon del país enemigo. El arte con que el gobierno de Luis XIV tramó, preparó y ejecutó esta operacion demuestra la gran habilidad y perspicacia de Louvois. Ocho dias despues ondeaba la bandera francesa sobre los muros de la ciudad mas importante y mas populosa, despues de Bruselas, de los Países Bajos españoles. En seguida se echaron los franceses sobre Ypern y tambien la tomaron. No parecía sino que nada podía resistir al cálculo y la disposicion inteligentes, á los medios y recursos inmensos y á la destreza militar y valor impetuoso de los franceses; y en efecto la mejor prueba de la excelencia del ejército creado y organizado por Louvois fué la pericia que mostraron ingenieros, artilleros y soldados en los sitios, mientras los aliados eran casi sin excepcion desgraciadísimos en esta clase de trabajos. Jamás había sido tan numeroso ni había estado tan completo el ejército francés como en el año 1678; contaba 187,000 soldados de infantería, 60,600 de caballería y con los batallones de las armas especiales y el personal de transporte formaba un total de 300,000 hombres. Con semejante hueste podíase hacer entonces cara al mundo entero armado; y pocos años hacia que un Richelieu había obtenido señaladas victorias y ventajas con ejércitos de 40 á 50,000 hombres.